

**L**A vida misma de Walter Benjamin, y no sólo su obra, consistió en ruptura o interrupción, como muy bien dice Jesús Aguirre en su introducción (introducción, la de Aguirre, más allá de sus prólogos, al conocimiento mismo del autor en España) al tercer de los volúmenes, último de los hasta ahora publicados (1). Es uno de los rasgos, aparentemente externos, que le hacen privilegiado contemporáneo nuestro. Viviendo siempre en la provisionalidad, se diría que fue esa forma de vida la que le hizo comprender que "lo decisivo no es la prosecución de conocimiento a conocimiento, sino el salto en cada uno de ellos". Disperso —aparentemente disperso— en sus escritos, que todos alcanzan, sin embargo, derechamente a nuestra sensibilidad. Escindido en su actitud ante los acontecimientos, reflejara en los "tironeos políticos" que padece su obra, siempre proclive a tropezar en todas las censuras y a salirse de todas las ortodoxias. E incluso conservando, como los otros miembros del grupo de Frankfurt, pero de modo más personal, y yo diría poético, la nostalgia burguesa siempre al lado de su revolucionarismo disidente, lo que también Aguirre ha visto perspicazmente.

La enorme actualidad de Benjamin, su postura anunciadora de lo que después se habría de llamar "nueva izquierda" y, a la vez, para seguir citando a Jesús Aguirre en su agudo prólogo, de autocritica de ese neoradicalismo contestatario, aparece existencialmente fundada en tres breves y preciosos textos contenidos en este volumen: los artículos "Experiencia y pobreza" y "El carácter destructivo", y la "sombra breve", titulada "Habitando sin huellas". Antaño, los padres, los mayores, legaban una experiencia. Hoy, estamos destinados a vivir en la pobreza de experiencia. Hay un concepto ascético de pobreza, que sigue resonando en las profundas palabras de Ber-

tolt Brecht, según las cuales el comunismo no es (por de pronto) un justo reparto de la riqueza, sino de la pobreza (por eso, el genuino comunismo es impopular en una circunstancia como la actual, de riqueza de pacotilla al alcance de casi todos). Y hay un concepto estético de la pobreza, el fundado por Adolf Loos, el arquitecto conciudadano y amigo de Wittgenstein, a quien citábamos otro día, el que desnuda las casas de ornamentos y cachivaches, el de quien ama el liso, duro acero, el liso, duro y transparente cristal. "Nos hemos hecho pobres", escribe Walter Benjamin en nombre de los mejores, de los que no cederán al consumismo, y, con palabra enormemente actual, agrega que "la Humanidad se prepara a sobrevivir, si es preciso, a la cultura".

"Sin huellas", borrándolas, librados de la manía de ir dejando las chucherías "souvenirs" de

inaugura, como la gran Revolución, un nuevo calendario, convierte el instante pasado en imagen, que, relampagueante, alumbraba y, dialécticamente, establece "una cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra". La filosofía de la Historia de Walter Benjamin renuncia a la tradición —a la experiencia— histórica, "instrumento de la clase dominante", en favor de un siempre inminente y siempre incumplido mesianismo. Como se ve, hay una correspondencia rigurosa entre el modo de concebir la vida y el modo de concebir la Historia: modo discontinuo, "interrumpido" y roto, pobre y vuelto siempre a comenzar, mesiánico y profético. Este modo está muy cerca de la concepción "anarquista" de gran parte de la juventud actual.

Pero todavía no hemos dicho nada del escrito más famoso de los contenidos en este volumen y

tir tal democratización. El "aura" de las obras de arte ha sido preservada. El comprador exige que aquello por lo que pagó millones sea en propiedad y uso "exclusivo" de él y, por lo que se ve, la gente invierte cada vez más dinero en las ya famosas "subastas" de obras de arte, el "aura" de muchas de las cuales es difícil de percibir, por muy místico estético que se sea. A lo sumo, y por lo que se refiere a la "obra menor", se condesciende benevolentemente a una reproducción en "número limitado". Es natural. Como ha visto bien Philip Slater, el sistema necesita la "manufacturación de ilusiones de escasez", necesita inventar escasez, y en arte, unicidad, con el fin de asegurar el encarecimiento. No se trata, como, según veíamos antes, decía Bertolt Brecht, de repartir equitativamente la pobreza, sino, muy al contrario, de garantizar ésta para "los muchos" (como los llamaba Aristóteles), y asegurar a los ricos el intangible privilegio de su riqueza, ordinaria las más de las veces, exquisita en raras ocasiones.

Quisiera recoger, próximo a terminar, otra finísima observación de "nuestro contemporáneo" Walter Benjamin. Un marxismo vulgarizado —escribe— extendió la idea de que la "explotación de la Naturaleza" ha contribuido o contribuirá a terminar con la "explotación del proletariado". Con gran sagacidad advierte en esta idea "los rasgos ternoocráticos que encontraremos más tarde en el fascismo", y no digamos si en el neofascismo vergonzante de hoy, que ha cambiado su nombre por el de tecnocracia, aun cuando ésta sea con frecuencia tan burda como la de los servidores de Nixon.

Y opone a tal "concepción positivista" las "utopías socialistas anteriores a 1848" y, en particular, el "sentido sorprendentemente sano" de las "fantasías" de un Fourier, que esta misma Editorial Taurus ha tenido la buena ocurrencia de presentar al lector español actual, en su divertida mescolanza de sentido libertario, sentido del orden e ingeniosidad. Todo el actual movimiento ecológico, de defensa de la Naturaleza, fue, como tantas otras cosas de hoy, presentado por el "interrumpido" y penetrante Walter Benjamin.

Walter Benjamin, que quiso pasar por la vida libre y pobre, despojado de experiencias y de cosas, de dogmas y de nostalgias. Ciertamente, no lo consiguió del todo, y, en particular, creo que le acompañaron las nostalgias y una como calidad de poesía en la prosa, en el ensayo, en el fragmento, que le emparenta con Ernst Jünger, con Paul Valéry. Con todo, "ligero de equipaje", llegó así a su final destination, a su estación de destino, estación fronteriza, fronteriza con la muerte.

**JOSE LUIS L. ARANGUREN**

## VIAJERO SIN EQUIPAJE

nuestro paso por el mundo, los usos y costumbres, los menudos apegos; dispuestos a vivir como en trance, siempre, de partida, como en trance, siempre, de llegada. El elogio benjaminiano del "carácter destructivo" es el de "el espacio vacío, el sitio donde estuvo la cosa que ha vivido el sacrificio" de su desaparición; el de quien borra hasta las huellas de la destrucción, el del que "no ve nada duradero y, por eso mismo, ve caminos por todas partes". En fin, resume Walter Benjamin, con paradoja profunda, el carácter destructivo es "la confianza misma", sustentada, sin asidero, sobre sí, pura y desnuda, pobre y desprovista de experiencia.

Es toda una concepción, como decíamos, ascético-estética de la vida, la cual, en cuanto que se propone, según el mejor modo de Marx, la modificación y no la simple descripción de la realidad, empalma con una concepción de la Historia opuesta al historicismo, y que él denomina materialismo. El historicismo fija el pasado, lo coagula, lo reduce a un "continuum" de datos fácticos, precisos, inequívocos, "tales como fueron", de "érase una vez". La concepción de Walter Benjamin rompe ese "continuum" histórico, hace saltar los relojes —"detención mesiánica del acontecer"—,

aun de la obra entera de Walter Benjamin, el titulado "La obra de arte en la época de su reproducibilidad técnica". A fines del año pasado, cuando escribí en Cuadernos para el diálogo sobre la "Actualidad de Walter Benjamin", hablé de él (y también de la "Crítica de la violencia", que entonces parecía que iba a ser incluida en este volumen, lo que me habría venido bien para completar, con un acercamiento que trasciende la psicología, el estudio que, como vimos, hace de aquella Rollo May). Como ya hemos empezado a ver, y en perfecta compatibilidad con sus "interrupciones", hay en el pensamiento de nuestro autor mucho más esprit de suite del que podría parecer. También la concepción "fetichista" de la obra de arte, igual que el historicismo hace con el acontecimiento, igual que el gusto ornamental de la vida hace con el detalle imborrable, consagra en aquella su valor irrepelible e intocable, auténtico y cuasimístico, su unicidad, su "una vez y nunca más". Pero el advenimiento de la era de la perfecta reproducibilidad técnica de las obras de arte, habría venido a ponerlas al alcance de todos, a democratizarlas. ¿Ha ocurrido así? Parece que no. El circuito del mercado artístico, inserto de lleno en el neocapitalismo, no podía consen-

(1) Discursos interrumpidos I, Taurus Ediciones. Madrid, 1973.